

triumfos? El vapor nos lleva con la rapidez del viento a través de los montes y los mares y nos presta para todas nuestras industrias sus hercúleas fuerzas; la electricidad transmite en minutos el pensamiento del uno al otro confín del mundo y une por el cable submarino los más apartados continentes; la Naturaleza se ve obligada a reproducir en el fondo de una cámara obscura los más fugaces momentos de su vida; los istmos desaparecen, los mares confunden sus aguas, las leyes de las corrientes oceánicas y las de las tempestades dejan de ser un secreto, y apenas pasa año sin que desatemos una de nuestras ligaduras y venzamos al que por siglos nos tuvo inermes bajo su servidumbre.

Y esta lucha tan porfiada y tremenda, ¿no puede ser objeto de arte ni de poesía? Se ha cantado en todos los siglos a Prometeo, que arrebató del Olimpo el fuego y por su audacia estuvo clavado en una de las rocas del Cáucaso donde un buitre le roía las entrañas; a los Titanes que se atrevieron a escalar el cielo y fueron precipitados a los infiernos por los rayos de Júpiter; a Satanás y sus ángeles rebeldes que disputaron el trono a Dios, y, vencidos, cayeron al fondo de los abismos. ¿Cómo no se ha visto que estas mitológicas leyendas no son más que símbolos de esa perpetua lucha entre la Naturaleza y el hombre? Nosotros somos el Prometeo de la religión pagana, el Satanás del cristianismo.

Nosotros sostenemos todavía otra lucha no menos dura y más sangrienta. Tres tiranías pesaban sobre nuestra frente: la del sacerdote, la del burgués, la del gobernante. Las hemos roto y trabajamos por aniquilarlas. Queremos libre la conciencia, libre la propiedad, libre el pensamiento, libre el hombre: o lo que es lo mismo, humillado el culto, el dominio sobre la tierra subordinado a los intereses

generales. Combatimos, en una palabra, por establecer la libertad y la igualdad entre los hombres. En esta ardua tarea, ¡qué de combates y de sacrificios! ¡qué de triunfos y derrotas! ¡qué de ideas y de intereses contrapuestos, de armas de buena y mala ley puestas en lucha, de mártires y de traidores! En las horas de desaliento, de duda, de desesperación tal vez, ¿cómo no vienen el arte ni la poesía a endulzar nuestras amarguras ni a reavivar nuestras esperanzas? En las de júbilo. ¿cómo no oímos sus inspirados cánticos?

Hay aún en el mundo esclavos, víctimas oscuras del trabajo, clases que gimen en la ignorancia y la miseria, vicios que roen el cuerpo y degradan el espíritu de las naciones, monstruos que viven del hambre ajena, fatalidades económicas que, como el carro de Jagrenat, destrozan implacablemente a cuantos caen debajo de sus ruedas, voces de dolor que se pierden en el fondo de tenebrosas viviendas o de oscuras cárceles. ¿Cuándo se hacen la poesía ni el arte eco de tales gemidos, ni vengadores de tales infamias, ni lábaro de los que deben llevar a cabo la redención de los pueblos? ¿No es verdaderamente vergonzoso que vuelvan los ojos a lo pasado para no ver lo presente, y se atrevan a pasar por ese **pandemonium** social pulsando la antigua cítara y coronada la frente de rosas?

Pero, ¿cómo lograr que las muchedumbres abracen las nuevas doctrinas y se decidan por ellas al sacrificio? Ignorantes aún, no comprenden al inventor, al sabio, al filósofo; no pueden seguir los largos y complicados raciocinios por que esos hombres llegan a la concepción de los nuevos principios. No es posible interesarlas por la reforma sino hablándoles al corazón y a los sentidos, dando cuerpo a las ideas, vistiéndolas con las galas de la fantasía, animándolas por el